



HEATHER MORRIS

La autora de **EL TATUADOR DE AUSCHWITZ**

EL VIAJE DE CILKA

Una novela basada en una extraordinaria
historia real de amor y supervivencia.

emecé

HEATHER MORRIS

EL VIAJE DE CILKA

Traducción de Santiago del Rey
y María José Díez Pérez



Título original: *Cilka's Journey*

© Heather Morris, 2019

Publicado por primera vez bajo el título *Cilka's Journey* por Zaffre, un sello de Bonnier Book UK

© por la traducción, Santiago del Rey y María José Díez Pérez, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2019

ISBN: 978-84-670-5694-5

Depósito legal: B. 21.771-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE AUSCHWITZ-BIRKENAU,
27 DE ENERO DE 1945

Cilka mira al soldado que está plantado frente a ella. Es un miembro del ejército que ha entrado en el campo. Está diciendo algo en ruso y luego en alemán. El soldado se alza ante la muchacha de dieciocho años: «*Du bist frei*». «Es usted libre.» Ella no está segura de haber oído bien. Los únicos rusos que ha visto antes, en el campo, estaban demacrados y muertos de hambre: eran prisioneros de guerra.

¿Será posible que exista la libertad?, ¿que esa pesadilla haya terminado?

Al ver que ella no responde, el soldado se agacha y le pone las manos en los hombros. Cilka da un respingo.

Él se apresura a retirarlas.

—Perdone, no quería asustarla —dice en un alemán titubeante. Luego menea la cabeza, como concluyendo que ella no lo entiende. Hace un amplio gesto con las manos y repite las mismas palabras—: Es usted libre. Está a salvo. Somos el ejército soviético y estamos aquí para ayudarla.

—Comprendo —murmura Cilka, ciñéndose aún más el abrigo que cubre su cuerpo minúsculo.

—¿Entiende el ruso?

Cilka asiente. Aprendió de niña un dialecto eslavo oriental, el rusino.

—¿Cómo se llama? —pregunta el soldado con delicadeza.

Ella alza la vista, lo mira a los ojos y dice con voz clara:

—Me llamo Cecilia Klein, pero mis amigos me llaman Cilka.

—Es un nombre precioso —dice él. Es extraño estar mirando a un hombre que no es uno de sus captores y que está tan rebotante de salud. Los ojos claros, las mejillas plenas, el pelo rubio que asoma bajo su gorra—. ¿De dónde es, Cilka Klein?

Los recuerdos de su antigua vida se han desvaído y vuelto borrosos. En un momento dado, empezó a resultar demasiado doloroso recordar siquiera que la vida con su familia, en Bardejov, había existido.

—Soy de Checoslovaquia —dice con la voz quebrada.

CAMPO DE CONCENTRACIÓN DE AUSCHWITZ-BIRKENAU, FEBRERO DE 1945

En el interior del bloque, Cilka ha permanecido sentada lo más cerca posible de la única estufa que da calor. No ignora que ya ha llamado la atención. Las otras mujeres físicamente capacitadas, incluidas sus amigas, fueron obligadas hace semanas por las SS a abandonar el campo. Los presos restantes están esqueléticos y enfermos, o son niños. Y luego está ella. Iban a matarlos a todos a tiros, pero con las prisas por alejarse de allí, los nazis los acabaron abandonando a su suerte.

Además de los soldados han llegado también algunos oficiales —agentes de contrainteligencia, según ha oído Cilka, aunque no sabe muy bien lo que significa— para manejar una situación para la cual un soldado normal no está adiestrado. La agencia rusa se encarga de mantener la ley y el orden, en especial en lo referente a cualquier amenaza al

Estado soviético. Su misión en ese lugar, le han dicho los soldados, es interrogar a cada prisionero para aclarar su estatus durante su cautiverio, y sobre todo para averiguar si han colaborado o trabajado con los nazis. Los miembros del ejército alemán ahora en retirada son considerados enemigos de la Unión Soviética, y cualquier persona relacionada con ellos es, por definición, un enemigo de la Unión Soviética.

Un soldado entra en el bloque.

—Venga conmigo —dice señalando a Cilka. Al mismo tiempo, una mano la sujeta del brazo derecho y la pone de pie.

Ya han pasado varias semanas desde la llegada de los rusos, y ver cómo se llevan a la gente para ser interrogada se ha convertido en una parte de la rutina del bloque. Para Cilka, simplemente ha llegado «su turno». Tiene sólo dieciocho años, y espera que entiendan que no le quedaba otra opción que hacer lo que hizo para sobrevivir. Ninguna otra opción, aparte de la muerte. Sólo le cabe confiar en que pronto pueda volver a su hogar, en Checoslovaquia, y encontrar el modo de salir adelante.

Una vez en el edificio que el ejército soviético utiliza como cuartel general, Cilka intenta sonreír a los cuatro hombres que se hallan sentados frente a ella. Esos hombres están ahí para castigar a sus malvados captores, no a ella. Ahora todo irá bien, ya no habrá más pérdidas ni más sufrimiento. No obstante, su sonrisa cae en el vacío. Observa que los uniformes de estos hombres son ligeramente distintos de los que llevan los soldados. Tienen charreteras azules en los hombros, y sus gorras, colocadas frente a ellos sobre la mesa, lucen una franja del mismo tono azul con una raya roja.

Uno de ellos le sonríe finalmente y empieza a hablar con tono amable.

—¿Quiere decirnos su nombre?

—Cecilia Klein.
—¿De dónde es, Cecilia? ¿De qué país y ciudad?
—Soy de Bardejov, en Checoslovaquia.
—¿Su fecha de nacimiento?
—17 de marzo de 1926.
—¿Cuánto tiempo ha estado aquí?
—Llegué el 23 de abril de 1942, justo después de cumplir los dieciséis.

El agente hace una pausa, estudiándola.
—Eso fue hace mucho.
—Llevo aquí una eternidad.
—¿Y qué ha hecho desde abril de 1942?
—Mantenerme con vida.
—Sí, pero ¿cómo lo ha conseguido? —pregunta él la-
deando la cabeza—. No parece que se haya muerto de
hambre.

Cilka no responde. Se lleva la mano al pelo, que se cortó
ella misma unas semanas atrás, cuando se llevaron a sus
amigas del campo.

—¿Trabajaba?
—Mi trabajo era mantenerme con vida.
Los cuatro hombres se miran entre sí. Uno de ellos coge
un papel y finge leerlo antes de hablar.
—Tenemos un informe sobre usted, Cecilia Klein. Dice
que se mantuvo viva prostituyéndose para el enemigo.

Cilka no dice nada. Traga saliva con dificultad y mira a
cada uno de los hombres intentando desentrañar lo que es-
tán diciendo, lo que esperan que responda.

—Es una pregunta sencilla —interviene otro de ellos—.
¿Follaba con los nazis?

—Eran el enemigo. Yo aquí era una prisionera.
—¿Follaba con los nazis? Nos han dicho que lo hizo.
—Como muchos otros, me vi obligada a hacer lo que
me ordenaban los que me tenían presa.

El primer agente se pone de pie.

—Cecilia Klein, la enviaremos a Cracovia y allí decidiremos su destino. —Ahora se niega a mirarla.

—No —dice ella, levantándose. «Esto no puede estar pasando»—. ¡No pueden hacerme esto! ¡Soy una prisionera!

Uno de los hombres que no han intervenido hasta ahora le pregunta con calma:

—¿Habla alemán?

—Sí, un poco. He estado aquí tres años.

—Nos han dicho que habla muchas otras lenguas y, sin embargo, usted es checoslovaca.

Cilka no protesta. Frunce el ceño, sin entender la importancia de ese detalle. A ella le enseñaron idiomas en el colegio, y luego ha aprendido otros mientras estaba allí.

Los hombres se lanzan miradas entre sí.

—El hecho de hablar otras lenguas nos induce a creer que usted era aquí una espía que debía informar a quienquiera que le comprara la información. Eso será investigado en Cracovia.

—Puede esperar una larga condena de trabajos forzados —le dice el primer agente.

Cilka tarda unos momentos en reaccionar. Y entonces el soldado que la ha traído la sujeta del brazo y la arrastra hacia fuera mientras ella clama su inocencia a gritos.

—¡Me forzaron, me violaron! ¡No! Por favor.

Pero los agentes no reaccionan. No parecen oírla. Ya se preparan para interrogar al siguiente.

PRISIÓN DE MONTELUPICH, CRACOVIA, JULIO DE 1945

Cilka se acucilla en el rincón de una celda húmeda y pestilente. Se esfuerza en llevar la cuenta del tiempo transcurrido. Días, semanas, meses.

No les da conversación a las mujeres que la rodean. Si

los guardianes oyen hablar a alguien, lo sacan de la celda y lo devuelven cubierto de cardenales y con la ropa hecha jirones. «Mantente en silencio, vuélvete invisible —se dice— hasta que sepas qué sucede y qué cosas hay que hacer o decir.» Se ha arrancado un trozo de tela del vestido para envolverse la nariz y la boca y notar lo menos posible el hedor a desechos humanos, a humedad y podredumbre.

Un día la sacan de la celda. Desfallecida por el hambre y agotada por el esfuerzo para mantenerse alerta, todo lo que la rodea —las figuras de los guardianes, las paredes y los suelos de la prisión— le parece irreal, como en un sueño. Permanece en fila detrás de otras presas en un corredor, avanzando lentamente hacia una puerta. Durante unos momentos puede apoyarse en una pared caliente y seca. Mantienen caldeados los corredores para los guardias, no las celdas mismas. Y aunque el tiempo en el exterior ya debe de ser templado, la prisión parece absorber el frío de la noche y conservarlo durante todo el día.

Cuando le toca el turno, Cilka entra en una habitación en la que hay un funcionario sentado tras un escritorio, con la cara iluminada por la luz verdosa de una única lámpara. Los hombres apostados junto a la puerta le indican que se aproxime a la mesa.

El funcionario está mirando un papel.

—¿Cecilia Klein?

Ella mira en derredor. Está sola en una habitación con tres hombres fornidos.

—¿Sí?

Él vuelve a bajar la vista y lee el papel.

—Ha sido condenada por trabajar con el enemigo como prostituta y también como espía. Se la sentencia a quince años de trabajos forzados —dice firmando el papel—. Ponga aquí su firma para certificar que lo ha comprendido.

Ella ha entendido todas las palabras del funcionario. Le ha hablado en alemán, no en ruso. ¿Será un truco? Nota

sobre sí los ojos de los hombres de la puerta. Sabe que tiene que decir algo. Parece que no le queda otro remedio más que aceptar la única posibilidad que se le ofrece.

El funcionario gira el papel hacia ella y señala la línea de puntos. Las letras de la parte superior están en cirílico, la escritura rusa. Una vez más, tal como le ha ocurrido una y otra vez en su joven vida, se encuentra ante dos opciones: una, el angosto camino que se abre ante ella; otra, la muerte.

El funcionario le tiende su bolígrafo y mira aburrido hacia la puerta, esperando ya a la siguiente persona de la cola. Él simplemente hace su trabajo.

Con mano temblorosa, Cilka firma el papel.

Sólo cuando la sacan de la prisión y la suben a empujones a un camión descubre que el invierno ha pasado, que la primavera no ha existido siquiera y que ya ha llegado el verano. Aunque el calor del sol es como un bálsamo para su cuerpo helado, ese cuerpo todavía vivo, su resplandor le hace daño a los ojos. Antes de que haya podido adaptarse del todo, el camión se detiene de golpe. Y ahí mismo, delante de ella, hay otro vagón de tren, otro tren de ganado pintado de rojo.